Diana

D

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VERDADERA NOBLEZA,

COMEDIA EN UN ACTO.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

17

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Propiedad que corresponde.
Á tal amo tal criado	1	Todo.
Al que se hace de miel	1	Id.
Don Ramon de la Cruz	1	Id.
El amor y la astucia	1	Id.
El barómetro	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones	1	Id.
La petaca	1	Id.
La verdadera nobleza	1	Id.
La astucia de un andaluz	1	Id.
Nubes	1	Id.
Pobres y ricos	1	Id.
Receta para casarse	1	Id.
Un hombre comprometido	1	Id.
Un momento de locura	1	Id
Una perra y un gato	1	Id.
Amor, honor y poder	3	Id.
El testamento de Acuña	3	Id.
La astucia de un asistente	3	Id.
La mosca blanca	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía	3	Id.
Los dulces de la boda	3	Id.
Los niños grandes	3	Id.
Odio y amor	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)	1	Libro y música.
Cuatro demonios y un cabo	1	Id. Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!	1	Libro y música.
Tamberlik, Mario y Latorre	1	Id. Id.
Un sevillano en la Habana	1	Id. Id.
=Tocar el violon	1	Libro.
El marino	2	Libro y música.
=¡El Teatro en 1876!!	2	Libro.
Los dragones	2	Libro y música.
Justos por pecadores	3	Id. Id.

LA VERDADERA NOBLEZA.

COMEDIAS Y DRAMAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR.

No siempre el amor es ciego. En tres actos y en verso.
El toque de oracion. Drama en tres actos.
Dos españoles en Flandes. Id., id.
Agustin de Rojas. En tres actos y en verso.
Cuánto vale una leccion. Id., id.
Juzgar por las apariencias. [1] En tres actos.
La diplomacia. En tres actos.
La cruz de la torre blanca. [2] En tres actos.
Á Roma por todo. En tres actos.
El último que lo sabe. Id.

PIEZAS EN UN ACTO.

¡Ella es!
Casualidades.
Los encantos de la voz. [3]
El bien y el mal.
El destino.
Receta contra las suegras.
Los trapisondistas.
Á tal amo, tal criado.
La verdadera nobleza.

Capitanes ilustres.
Memorias del ayudante Alvarez.
Una y tres. Novela.
Memoria del Teatro Real de Madrid.
La calle de la Amargura. } Novelas premiadas por la Academia Española en el certámen público de 1869.
El rostro y la condicion. }

---

1 En colaboracion con D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
2 Idem con Gregorio Romero Larrañaga.
3 Idem con D. Francisco Navarro Villoslada.

LA VERDADERA NOBLEZA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON MANUEL JUAN DIANA.

Representada por primera vez en el Teatro del Circo, el dia 14 de Noviembre de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
RESTITUTA	DONA EMILIA DANSANT.
CATALINA	DOÑA CAROLINA GILLI.
MATILDE	DOÑA CLOTILDE LOMBÍA.
EL MARQUÉS	DON MARIANO FERNANDEZ.
CÁRLOS	DON JUAN CASAÑER.
UN CRIADO	No hablan.
UN ESCRIBANO	
SEÑORAS	
CABALLEROS	

La escena es en Valencia.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puertas leterales y en el fondo; una mesa con libros, papeles y pergaminos antiguos.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA, poco despues CÁRLOS.

CAT. ¡Qué sala tan preciosa! Con lo que vale una de estas cosas tendria yo bastante para mantener á mis pobres huerfanitos.

CARLOS. Hola, muchacha! buenos dias.

CAT. Para servir á usted.

CARLOS. Serás de casa.

CAT. Soy Catalina Cabrit.

CARLOS. ¡Catalina Cabrit! ¿Y podrás darme razon del señor Marqués?

CAT. Yo tambien le busco, pero como dicen que le ha dado ahora por pasar la vida revolviendo pergaminos...

CARLOS. Sí, es antigua en él esa manía. (Señalando los papeles que hay sobre la mesa.) ¿Ves estas calderas que están aquí pintadas? pues son una de las divisas de sus antepasados.

CAT. ¡Calle! ¿eran caldereros?

CARLOS. ¡Muchacha! eran ricos-hombres, de pendon y caldera. ¿Pero dime, no conoces á la señorita Matilde?

CAT. ¿Á la novia? ¿á la que se casa con el señor Marqués?

CARLOS. Pero allí viene.

ESCENA II.

CÁRLOS, MATILDE.

CARLOS. ¡Ah, Matilde, mi adorada Matilde!

MAT. ¡Ay, qué gusto! ¿conque es usted? (Mudando de tono.) Caballero...

CARLOS. No esperaba alcanzar la dicha de ver á usted.

MAT. Sí, sí, buenos son ustedes! ¡cuatro meses sin dejarse ver, sin escribirme!

CARLOS. Pues cómo, ¿no han llegado á manos de usted algunas cartas?

MAT. Ninguna.

CARLOS. Pues la escribí á usted, la escribí á usted mucho recordándole aquellos dias tan felices para mí.

MAT. ¡Ya todo se acabó!

CARLOS. ¡Ah!

MAT. Es preciso que yo dé mi mano á quien le sobran los años para ser mi abuelo.

CARLOS. Le ruego á usted, Matilde, que me dé explicaciones.

MAT. Ya sabe usted que mi pobre hermano está privado de la libertad hace dos años.

CARLOS. Lo sé.

MAT. Pues bien, al encargarse el Marqués de mi tutela, hace cuatro meses, dió en decirme las mismas cosas que usted me decia cuando nos conocimos. Bien poco caso hacia de mi indiferencia, hasta que un dia me dijo: «Matilde, he adquirido á fuerza de oro un documento que devolverá la libertad y la honra á tu hermano; ese papel será entre otras cosas mi regalo de boda.»

CARLOS. Ya comprendo ¡pobre Matilde! pero me sobran medios para salvar á usted de este peligro, devolviendo la libertad y la honra á su pobre hermano.

MAT. ¡Ah! si tal sucediese...

CARLOS. ¿Está en casa esa señora que vive con el Marqués?

MAT. ¿Su prima doña Restituta?

CARLOS. La misma. Si usted supiera...

MAT. Á ver á ver, cuénteme usted.

CARLOS. Ese vejestorio se ha enamorado de mí.

MAT. ¡Ah, pícara!

CARLOS. Supe en Madrid el proyectado enlace de usted y me vine á Valencia hace cuatro dias, en los cuales he andado por los alrededores de esta casa sin atreverme á subir, aun cuando soy amigo del marqués.

MAT. ¡Y nada he sabido!

CARLOS. Pues ella me atisbó desde los balcones y se creyó la interasada.

MAT. ¡Cosa más chusca!

CARLOS. Y yo, que no hallaba medio de presentarme aquí, he seguido la corriente.

MAT. ¡Ah! es que no vaya usted á olvidarme por ella.

CARLOS. ¡Matilde!

MAT. Es que ha de saber usted que se pinta de una manera escandalosa, que todos sus dientes son postizos.

CARLOS. ¿Sí, eh?

MAT. Y su pelo.

CARLOS. ¿Tambien el pelo?

MAT. Pero bien mirado, caballero, yo no debo seguir estas relaciones. Á estas horas no sé lo que es usted.

CARLOS. Ingeniero.

MAT. ¡Ay, qué bueno! á mí que me gustan tanto los militares.

CARLOS. Pues, hija mia, siento desimpresionar á usted; soy ingeniero civil.

MAT. ¡Qué lástima! pero ya se pondrá usted algun dia el uniforme de los otros.

CARLOS. Eso no es posible, hija mia.

MAT. ¿Pues no dicen que hay ahora libertad para todo ¿de qué sirven entónces los ingenieros civiles?

CARLOS. Construimos calzadas, canales, puentes.

MAT. ¡Ah! sí, sí; son ustedes esos que pasan la vida estudiando y luégo construyen un puente y á lo mejor cuando pasa el tren por encima ¡patapum! se viene todo abajo.

CARLOS. Nos ha coronado usted de gloria; pero Matilde, no perdamos tiempo; suplico á usted que me envie por aquí á esa mujer con algun pretexto.

MAT. Verá usted que pronto.

ESCENA III.

D. CÁRLOS, poco despues DOÑA RESTITUTA.

CARLOS. Conque doña... ¿cómo me dijo que se llamaba esta señora? ¡Ah! Doña Restituta, y dicen que es de la piel del diablo. No importa; yo le armaré una zancadilla.

REST. (Entrando.) ¿Que me busca un caballero?

CARLOS. Señora...

REST. ¡Ah! (El que me ronda la casa.) Caballero, yo celebro...

CARLOS. Gracias, señora.

REST. ¿Y á qué debo el honor?...

CARLOS. Me unen relaciones de amistad con su primo de usted: soy don Cárlos de Guzman.

REST. Ya, sí; he oido ese nombre.

CARLOS. Pero no es ese el motivo que me obliga hoy á pisar estos umbrales.

REST. Usted dirá.

CARLOS. Señora, es un paso atrevido; perdone usted mi cortedad.

REST. ¿Hay nada más enfadoso que un hombre corto?

CARLOS. Bajo ese supuesto... atentado por una boca... (limpia de polvo y paja) me atrevo...

REST. Adelante.

CARLOS. La ví á usted á través de unos cristales.

REST. ¡Ah!

CARLOS. Y palpitó mi corazon.

REST. ¡Ah! y el mio tambien, el mio tambien saltó...

CARLOS. (Como una trucha.) Conque ¿usted me vió?

REST. ¿Á qué ocultarlo?

CARLOS. ¿Y puedo prometerme?..

REST. Segun y conforme, sus fines de usted?...

CARLOS. Son los de un santo (los del sánto de pajares.)

REST. Pues en ese caso...

CARLOS. Me caso.

REST. ¡Qué escucho!

CARLOS. Soy así, señora; voy derecho al blanco.

REST. (He sido el blanco de un buen mozo.) Pues bien, ya que usted es el hombre que el cielo me depara, será preciso que las cosas marchen con rapidez. Avancemos.

CARLOS. Explíquese usted, señora.

REST. Voy á depositar en su corazon un secreto de familia.

CARLOS. Tanto honor...

REST. Una cláusula del testamento, por el cual heredó mi primo el Marquesado del Soto, ordena que si cumple los cincuenta años sin casarse, pase dicho título y sus bienes al pariente más próximo.

CARLOS. ¿Qué es usted?

REST. Y como sabia sin que él lo sospechase la tal cláusula, me ha sido fácil en dos ocasiones echar por tierra sus proyectos de boda.

CARLOS. El diablo es usted.

REST. Me pinto sola.

CARLOS. (Y te barnizas.)

REST. El plazo de los cincuenta años espira dentro de tres dias, y justamente, ahora es cuando sospecha que yo estoy al corriente del secreto, y por eso armó de pronto la boda.

CARLOS. Luego nuestro mútuo interés...

REST. Está en impedir á todo trance que se casen.

CARLOS. Lo impediremos.

REST. Y luégo...

CARLOS. Luégo... ¡ay! ay! ay! pero yo no necesito de ese doble móvil para amar á usted.

REST. ¡Ah!

CARLOS. Sin embargo, si ese título le corresponde á usted, á mí como marido me toca defenderle.

REST. ¡Cómo marido! ¡qué palabras!

CARLOS. Supuesto, señora, que hemos contraido alianza ofensiva y defensiva, concédame usted la direccion de las opera-

ciones.

REST. Concedido.

CARLOS. Yo sé que el Marqués, á la par que sencillo y crédulo, es fanático por la heráldica.

REST. ¡Jesús!

CARLOS. Me habló hace tiempo de que buscaba con incesante afan cierto libraco.

REST. El Crisol de la nobleza.

CARLOS. Un libro manuscrito que se perdió allá en los tiempos de Mari Castaña, pues bien, ese tesoro nos dará la llave del suyo.

REST. ¿Lo cree usted?

CARLOS. No se casará, se lo prometo á usted; conviene por lo pronto que nadie se entere de nuestros... amores.

REST. ¡Ay! ellos serán mi...

CARLOS. Y mi... (Fa, sol, la, si.)

REST. Pues adios, Carlitos.

CARLOS. Adios, Restituta. (Vánse por distintas puertas. Aparece por la del fondo el Marqués y poco despues Catalina.)

ESCENA IV.

El MARQUÉS, despues CATALINA.

MARQ. No me hallo bien en parte alguna. Hoy se han de firmar los dichos, y mañana saldré por fin del penoso cuidado que me desvela y me anonada. Hasta he olvidado las importantes averiguaciones que estaba haciendo sobre el entronque de mis antepasados con los de La-Cerda.

CAT. (Saliendo.) (Aquí está, gracias á Dios.)

MARQ. (Hojeando los libros.) Manrique de Lara; tambien de los mios; pendon y caldera en el escudo; en habiendo un pendon ya se sabe, cosa de mi familia.

CAT. Señor...

MARQ. ¿Quién?

CAT. Perdone usted, señor Marqués.

MARQ. ¿Qué se ofrece?

CAT. Es que... (¿Cómo le hablo ahora de la escuela?) Soy Catalina Cabrit.

MARQ. ¿Y qué? despacha, ¿qué ocurre? (Con aspereza.)

CAT. Siento que me hable usted de ese modo, porque me infunde usted respeto y... cariño.

MARQ. Me dejas absorto; pero si tú no me has tratado, ni siquiera me has visto.

CAT. Le vi á usted durante el cólera ir de casa en casa repartiendo consuelos y dinero á manos llenas.

MARQ. Vaya, no recuerdes eso, muchacha.

CAT. Es que, gracias á Dios, no me gana usted á buen corazon, pero tengo que renunciar á la noble ambicion de dejar en el mundo el nombre de caritativa.

MARQ. Eres una alhaja.

CAT. Soy una pobre, y nacida por más cierto en el lugar de usted.

MARQ. ¿Sí, eh?

CAT. Y estuve dias pasados á dar una vuelta; cómo está aquello! El ayuntamiento está sin un cuarto.

MARQ. Cómo el de Madrid!

CAT. Y carecen de escuela; andan los chicos por allí poco ménos que aullando, pues, oiga usted, yo le dije al alcalde: tio Tomás, verá usted como ahora que se casa el señor Marqués, dota al pueblo con una escuela, en celebridad de sus bodas.

MARQ. Eso le dijiste.

CAT. Eso le dije, y si yo fuese mujer de usted, ya, ya.

MARQ. ¿Qué harias?

CAT. ¡Habia usted de llevar una reprimenda!

MARQ. ¡Pues me gusta! pues, anda, hazte cuenta que lo eres, te autorizo para que me digas cuanto quieras.

CAT. ¿Sí? ¿Cómo se llama usted?

MARQ. José.

CAT. Pues, le diria á usted, ven acá, Pepe; ¿es posible que pases la vida averiguando los pendones que tienes en tu familia, mientras cuarenta chicos de tu pueblo no saben leer ni escribir por falta de maestro? Y si me contestases:

déjame mujer! te replicaria: no te dejo, Pepito, saca, saca dos mil duros que hacen falta para esa buena obra, y déjate de pendones y calderas.

MARQ. ¡Muchacha!

CAT. Verás, te diria, como esos cuarenta niños nos llaman padres, que es como si tuvieramos cuarenta hijos.

MARQ. Pues, bien, fundaré esa escuela. Escribe al alcalde dándole la noticia.

CAT. ¡Dios le bendiga á usted! (Le besa la mano.)

MARQ. ¿Qué haces?

CAT. ¡Ay! Si ahora fuese su mujer de usted, de otro modo me apartaria de su lado.

MARQ. ¿Cómo, cómo?

CAT. Diciéndole á usted: ensancha ese corazon, Pepito mio, porque hoy has hecho una buena obra á los ojos de Dios, y él nos la premiará dando salud á nuestros hijos y aumentando nuestros bienes; y ahora, hijo mio, miéntras escribo al alcalde, aviate, coge tu sombrerito y aguardame un instante, porque vamos á dar un paseo por el campo. Hasta luégo, bien mio, adios, adios. (Le besa una mano y se va corriendo.)

ESCENA V.

El MARQUÉS, poco despues CÁRLOS.

MARQ. ¡Diablo de muchacha! Cuidado que es buena como un ángel y bonita como una perla.

CARLOS. Señor Marqués.

MARQ. ¿Quién? ¡Calle! Don Cárlos! ¿Qué le trae á usted por Valencia?

CARLOS. ¡Ay, amigo mio, traigo una gran noticia.

MARQ. ¿Ha caido el ministerio?

CARLOS. ¡Bah! mucho más grande.

MARQ. Adios, se declaró España en bancarrota y el papel del Estado quedó para hacer cometas. Si lo dije.

CARLOS. Amigo mio, se trata de otra cosa. ¿Se acuerda usted del Crisol de la nobleza?

MARQ. Del precioso manuscrito que se perdió hace siglos? ¡Qué lástima! Yo probaria con él que vengo del rey...

CARLOS. (Que rabió.) Pues ha parecido.

MARQ. ¡Qué oigo.

CARLOS. Y es mio.

MARQ. ¿De usted?

CARLOS. ¡Qué descubrimientos, amigo mio: ya verá usted cuántos de esa encopetada nobleza ruedan por el suelo!

MARQ. ¿Por su orígen plebeyo?

CARLOS. Y oscuro, y bastardo, y...

MARQ. ¡Toma, toma!

CARLOS. Tengo todo el libro en la uña.

MARQ. ¡Ay, amigo mio, tiemblo de descorrer un velo.

CARLOS. Al contrario; regocíjese usted.

MARQ. ¿Sí?

CARLOS. Por línea recta, recta como un uso, viene usted de La-Cerda, es decir, de San Fernando rey de España.

MARQ. ¡Ay, respiro!

CARLOS. ¿Lo ignoraba usted?

MARQ. Me lo presumia.

CARLOS. Pero hay una ligera nube, que es preciso desvanecer, y será muy fácil.

MARQ. No me llega la camisa al cuerpo.

CARLOS. No se empeñe usted en probar su parentesco con los Ponces de Calatrava.

MARQ. ¡Chit! que no le oigan á usted.

CARLOS. ¿Pues, cómo?

MARQ. Hay en casa una señorita de quien soy tutor: me iba á casar con ella y... suponiamos un parentesco aunque lejano.

CARLOS. Ni lejano, ni próximo. ¡Con una Ponce de Calatrava. jamás!

MARQ. Pero ¿de quién descienden esos miserables?

CARLOS. ¿De quién? (Con misterio.) De los Cachi-besugos.

MARQ. ¡De los Cachi-besugos!

CARLOS. Explicaré la etimología de la palabra. Allá en remotos tiempos, *cachi* queria decir casi. Era un pobre pescador,

que pasaba más horas en el agua que en tierra, y como tenia gran habilidad para la pesca del besugo, dieron en llamarle Cachi-besugo.

MARQ. Como pudieron haberle llamado cachi-merluza, cachi-cóngrio, ó cachi-demonios que me lleven.

CARLOS. Pues, de tal pelele vienen por línea recta los Ponces de Calatrava.

MARQ. Pues no habrá besuguito, no señor.

CARLOS. Ni quito, ni pongo rey, como decia el otro.

MARQ. Le digo á usted que no habrá besuguito; pero, estoy perdido! más perdido que la política española.

CARLOS. ¡Diantre!

MARQ. Una cláusula, un plazo fatal me despoja del título y bienes si cumplo los cincuenta años sin casarme.

CARLOS. ¡Hola, hola! Y ¿cuándo?...

MARQ. ¡Pasado mañana!

CARLOS. Pues á grandes males, grandes remedios: cierre usted los ojos y á la iglesia.

MARQ. ¡Con una Ponce de Calatrava!

CARLOS. Pues la primita cargará con el santo y la limosna.

MARQ. ¿Conque sabe usted que es ella la heredera?

CARLOS. Y sé tambien que aguarda por instantes para echarse encima de la presa.

MARQ. ¡Ella! Ah, infame! cuando la he recogido en mi casa!

CARLOS. Pero me ocurre un expediente conciliatorio; cásese usted con la prima.

MARQ. ¡Vírgen santa!

CARLOS. Recurso ingenioso, merced al cual todo se queda en casa.

MARQ. Ántes me queda el recurso de un pozo, de un pino, de una bola de estrignina.

CARLOS. ¡Qué lástima! perder el título, cabalmente cuando iba usted á coronarle de los mejores timbres.

MARQ. ¡Pero esa víbora ha tenido la avilantez de maquinar mi ruina en mi propio seno!

CARLOS. Acaso le ame á usted en secreto y los celos la obliguen...

MARQ. Consolado en esa creencia, hallaré ménos repugnante su felonía. Vamos á ver, recordemos su frontispicio, su aspecto, sus años—pero ¿y sus dientes, y su pelo?

CARLOS. Atractivos pasajeros, querido Marqués, ¿qué mujer conserva ya esas chucherías de la infancia?

MARQ. ¿Chucherías llama usted á los dientes?

CARLOS. La eleccion no es dudosa, ó se casa usted con esa jóven, lo cual equivale á cargar con una pescadería, ó da usted la mano á su prima.

MARQ. Lo cual equivale á cargar con un gabinete anatómico.

CARLOS. Resuélvase usted.

MARQ. Opto por mi prima.

CARLOS. ¡Bien, bravo!

MARQ. (Toca un timbre y se presenta un criado, que recibe el recado y se marcha.) Que venga la señora. Me faltan las fuerzas. ¿Quién dice ahora á ese Matusalen: te amo, te adoro, pichoncita?

CARLOS. Conque, adios; estaré á la mira.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, RESTITULA.

MARQ. Es preciso, forzoso, indispensable.

REST. (Saliendo.) ¿Me llamabas?

MARQ. Sí, primita; te llamaba.

REST. (¡Qué alegre está!) ¿Y qué es lo que quieres?

MARQ. Darte una gran noticia.

REST. ¡Hola!

MARQ. Está plenamente averiguado que eres La-Cerda.

REST. ¡Yo! (Asustada.)

MARQ. Ha parecido el famoso libro titulado Crisol de la nobleza.

REST. Me tiene sin cuidado.

MARQ. Mujer; qué indiferente eres á las excelencias de la alcurnia.

REST. ¿Y es todo eso lo que se te ofrece?

MARQ. Eso y otra cosita; has de saber que ya no me caso.

REST. (¡Hola!) Sea enhorabuena.

MARQ. Porque, hija mia, bien mirado; no me conviene esa chicuela.

REST. Al fin caiste de tu...

MARQ. Yo necesito una mujer de peso.

REST. Justamente.

MARQ. Como tú, por ejemplo.

REST. ¿Como yo?

MARQ. ¿No tienes tú gana de casarte, Restitutita?

REST. ¿Qué preguntas son esas?

MARQ. No debes extrañarlas; eres una solterona, como quien dice, reconcentrada.

REST. ¿Te burlas?

MARQ. No, mujer, no; sino que cuando una soltera pasa de los cuarenta y cinco...

REST. ¿Y quién te ha dicho?...

MARQ. No vayas á ofenderte, si por el contrario, yo te hallo fresca, flamante, frexible y...

REST. Permíteme que me asombre de escucharte.

MARQ. Yo necesito á mi lado una matrona, porque has de saber que con una matrona se entiende uno mejor que...

REST. ¿Que con quién?

MARQ. Que con dos matronas.

REST. Desde luégo.

MARQ. He tenido una venda en los ojos, pero nunca es tarde, si la dicha es buena; la venda ha desaparecido, y me hallo frente á frente con la mujer que...

REST. ¡Pepito!

MARQ. ¡Restitutita! (¡Restitutota!) Salga de una vez el secreto: te amo.

REST. (Ya te veo venir.) ¡Oh, primo, gracias; no hallo palabras con que agradecer esta prueba de... y tú me permitirás que me tome algun tiempo para contestarte.)

MARQ. ¿Algun tiempo?

REST. Una semana, por ejemplo.

MARQ. No, no; tu resolucion ha de ser pronta.

REST. Insisto en mis ocho dias de plazo.

MARQ. Y yo en un sí, ó un no terminante.
REST. Pues no.
MARQ. ¡Desprecias mi mano!
REST. Sí.
MARQ. ¡Oh! el hombre se lleva grandes chascos en la vida: á lo mejor pretende acariciar en su pecho á un inocente pajarillo, y lo ve trasformado en una culebra ponzoñosa.
REST. Metafísico estás.
MARQ. Pero el hombre coge á veces á la culebra entre sus manos y la estruja.
REST. Y la culebra tiene á veces una cola muy larga, y sabe sacudirla.
MARQ. Pues dame un abrazo, primita, porque nos hemos declarado el amor. (Cárlos se presenta en la puerta del fondo.)
REST. No hay inconveniente, primo mio. (Se abrazan con repugnancia.)
MARQ. (¡Que no pudiera ahogar á esta marmota!) (Váse Restituta.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS, CÁRLOS.

CARLOS. ¡Bien! ¡bravísimo! He presenciado su amoroso triunfo; la he visto cándida y ruborosa entre sus brazos.
MARQ. Sí señor, sí; la tenia en mis brazos; ya sabe usted que el oso abraza tambien al cazador que atrapa, y así abrazándole, abrazándole le saca el alma por la boca.
CARLOS: No comprendo.
MARQ. Es una infame, que será capaz de arrojarme á la calle en pago de mis beneficios; pero no lo verá, no; porque ántes me casaré con Matilde, con Matilde.
CARLOS. No, eso no; eso ya no es posible, señor Marqués; usted habia renunciado á su mano, y como no soy noble, me flechó y... me corresponde.
MARQ. ¡Maldicion! voy á perderlo todo si no me caso.

ESCENA VIII.

El MARQUÉS, CÁRLOS, CATALINA.

CAT. ¿Hay permiso?
MARQ. ¡Á buena hora!
CARLOS. ¡Calle! (Armemos otro embrollo.) (Ap. al Marqués.) (¿Conoce usted á esa muchacha?)
MARQ. (Sí, señor.)
CARLOS. (Catalina Cabrit.)
MARQ. (La misma.)
CARLOS. (Nuestra salvacion.)
MARQ. (¡Ella!)
CARLOS. (Á Catalina.) ¡Eh! ¿señorita?
CAT. ¿Yo señorita? se burla usted?
CARLOS. ¿Quieres hablar al Marqués?
CAT. Á eso vengo.
CARLOS. Pues, aguarda en esa pieza. (Entra y Cárlos cierra la puerta.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, el MARQUÉS.

CARLOS. Se ha salvado usted.
MARQ. ¿Cómo?
CARLOS. ¡Si usted supiera lo que es eso! (Señalando donde entró Catalina.)
MARQ. ¿Esa muchacha?
CARLOS. Es uno de esos vástagos ilustres que vivirian ignorados en el mundo, á no ser por el tesoro que poseo.
MARQ. ¿Está en el Crisol?
CARLOS. ¡Puf! es de sangre azul, azul, como si dijéramos de Prusia.
MARQ. ¡Diantre!
CARLOS. Se llama Cabrit. ¿Y usted no adivina el orígen de ese apellido?
MARQ. No, señor.

CARLOS. Cabrit se llamaba ántes Albret, y anteriormente Labrit: ¿quién era este Labrit?

MARQ. Labrit... Albret, sí, una familia de Francia, una familia régia.

CARLOS. Justo. La princesa Juana de Labrit, dadivosa y caritativa con los pobres.

MARQ. ¡Como esa muchacha!

CARLOS. ¿Es grano de anís la fuerza de la sangre? pues, bien, Juana de Labrit, despojada de sus bienes, vino á refugiarse á Valencia, y aquí murió pobre y desvalida, pero dejó larga sucesion, cuatro ó seis hijos.

MARQ. Ya, ya.

CARLOS. Aquellos hijos...

MARQ. Tuvieron otros.

CARLOS. Y aquellos otros, otros, hasta venir á parar en eso. (Señalando donde entró Catalina.)

MARQ. ¡Carambola!

CARLOS. (Y palos.)

MARQ. ¿Es decir que debo... que tengo títulos?...

CARLOS. Para embestirla.

MARQ. Y la chica me gusta.

CARLOS. Miel sobre hojuelas; pero ya que le saco á usted de este apuro, favor por favor.

MARQ. ¿Qué es ello?

CARLOS. Usted posee un documento de sumo interés para el hermano de Matilde.

MARQ. Voy á traerle, y en seguida...

CARLOS. Aquí aguardo. (Váse el Marqués, Cárlos se dirige al cuarto donde está Catalina.) ¡Eh! muchacha, adelante.

ESCENA X.

CÁRLOS, CATALINA.

CAT. ¿Y el señor Marqués?

CARLOS. Vendrá al momento.

CAT. Voy á pedirle...

CARLOS. Te concederá cuanto le pidas.

CAT. Pues, cátenos usted con cuarenta hijos.

CARLOS. ¡Diablo!

CAT. Vamos á fundar una escuela.

CARLOS. Creí que... Vais á casaros; á mí me lo debes, vas á ser marquesa.

CAT. Se burla usted?

CARLOS. Como que tú, Catalina Cabrit, vienes de la princesa Juana.

CAT. Yo vengo de mi padre, del tio... y á mucha honra.

CARLOS. Calla, boba; tú de la princesa Juana y el Marqués de La-Cerda.

CAT. ¡Qué barbaridad! ¡pobre señor! vaya, no le calumnie usted.

CARLOS. Era un noble que se llamaba de ese modo.

CAT. Me habia asustado.

CARLOS. Y has de saber que ese buen señor, es ni más ni ménos de la sangre azul.

CAT. ¡Pobrecito! ¿Tiene la sangre azul? Habrá comido añil.

CARLOS. No es eso, muchacha, sus antepasados, de donde trae orígen su familia, eran todos, como si dijéramos, de lanza en ristre.

CAT. Ya entiendo, picadores.

CARLOS. No hay modo de entendernos. Allí viene; si tienes tacto, no lo tomes á broma, vas á ser una marquesa como un templo.

CAT. ¡Qué locura!

ESCENA XI.

EL MARQUÉS, CATALINA, CÁRLOS.

MARQ. Nuestro gozo en un pozo.

CARLOS. ¡Qué escucho!

MARQ. No encuentro ese papel: debe de estar en poder de mi prima; se lo daria equivocadamente.

CARLOS. Corro en su busca.

ESCENA XII.

El MARQUÉS, CATALINA.

MRQ. (Ya estamos solos. (Esto se llama de potencia á potencia.)

CAT. Traigo la carta?

MARQ. ¡Ah! la carta. ¿Sabes que no habia reparado en tus gracias?

CAT. ¡Jesús! mis gracias! ¿Á quién pueden interesar las gracias de una pobre?

MARQ. Á un príncipe.

CAT. Hablemos de la escuela.

MARQ. Eso despues; lo primero es que sepas mis rectos propósitos.

CAT. Veamos.

MARQ. Me has hechizado.

CAT. ¿Se burla usted?

MARQ. No, á fe de caballero. Una sola palabra de tu boca encierra toda mi felicidad; y si hoy no me caso contigo. mis bienes pasan á poder de una persona incapaz de hacer un beneficio.

CAT. ¡Dios mio! ¿esto es un sueño?

MARQ. No, te lo juro por la memoria de mis padres.

CAT. ¡Jesús! Con que yo... ¡Casada! ¡yo casada, yo con bienes para remediar tanto infortunio!—Señor Marqués, es usted un pícaro.

MARQ. ¡Muchacha!

CAT. Porque me hace usted creer que voy á remediar tantas miserias.

MARQ. ¡Oh! la caridad! Esa era la principal virtud de la princesa Juana; esa es la que más replandece en tí.

CAT. Pues bien; voy á hacer á usted una revelacion: yo que no aliento, sino por ejercer la caridad, habia encontrado un alma capaz de comprender la mia y...

MARQ. Acaba, acaba.

CAT. No lo sé, pero creo que pudiera llamarse amor la incli-

nacion que sentí hácia un hombre.

MARQ. ¡Hácia mí!

CAT. ¡Ah!

MARQ. ¡Pobrecilla! Tranquilízate; me haces feliz. Va á venir de un momento á otro el escribano, y tú ocuparás el lugar de Matilde; vé, vé á disponerte.

MAT. Sí, necesito respirar otro aire.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS, poco despues MATILDE.

MARQ. Que me nieguen ahora la existencia de una simpatía profunda y misteriosa entre las estirpes de testa coronada.

MAT. ¡Marqués, Marqués!

MARQ. (Otra te pego; la Cachi-besuga!)

MAT. Vamos á ver; usted me dice siempre: Matilde, en todas las cosas de la vida, la verdad por delante.

MARQ. Justamente.

MAT. Pues salto de alegría.

MARQ. Lo celebro, y ¿por qué?

MAT. P orque no nos casamos.

MARQ. ¡Hola!

MAT. Porque me caso con don Cárlos.

MARQ. Ya ¿con que te gusta?

MAT. Más que usted.

MARQ. Gracias. (El besuguito, el besuguito le colea por dentro.)

MAT. Nos conociamos hace tiempo y nos amábamos en secreto.

MARQ. ¡Cáscaras! Y ¿por qué no lo decias cuando ibas á casarte conmigo?

MAT. ¡Bah! Ya lo hubiera usted sabido despues.

MARQ. ¡Bravo! (Partidas de playa.)

MAT. Así es que no me canso de repetir ¡viva el Marqués del Soto!

ESCENA XIV.

El MARQUÉS, MATILDE, RESTITUTA.

REST. ¿Qué alegrias son estas?

MAT. Que me caso.

REST. ¿Cómo?

MAT. Como se casan todas.

REST. ¿Qué dice?

MAT. Con don Cárlos de Guzman.

REST. ¡Qué oigo!

MAT. No se enfade usted, si es que se habia propuesto enamorar á usted de broma.

MARQ. ¡Hola! hola! ¿esas teniamos? pues tómate esa verdad y vuelve por otra.

MAT. Y él sabia que la visita á usted el peluquero y el dentista y el...

MARQ. ¡Toma, toma, toma!

REST. Le he de sacar los ojos.

MAT. Por supuesto, como si yo lo consintiera.

MARQ. ¡Ay! que han cogido á la culebrita por la cola.

REST. ¡Ríase usted!

MAT. Yo voy á contarlo á todo el mundo: hasta luégo, señora, agur, Marqués; viva el Marqués del Soto! (Váse.)

MARQ. Por la colita, por la colita. (Váse por distinto lado que Matilde.)

ESCENA XV.

RESTITUTA, despues CÁRLOS.

REST. ¿Conque he sido el juguete de todos? ¡Ah! pero mi primo ignora que poseo el secreto del testamento y pasado mañana nos veremos. ¡Y en cuanto al otro perillan!

CARLOS. Está á los piés de usted.

REST. ¡Qué audacia! ¿se ha olvidado usted de que tengo uñas?

CARLOS. Yo no olvido esas cosas, señora; como que sé que ese es

el único atractivo que en usted ha respetado el tiempo.

REST. ¿Me insulta ueted?

CARLOS. Vamos al negocio, tal vez por equivocacion ha llegado á manos de usted cierto papel que interesa tanto como la vida á mi futura, á mi hermosa Matilde.

REST. ¡Ah! sí, le tengo, le tengo.

CARLOS. Pues ese documento es el alma del negocio; sin él, no podria yo nunca estrechar la mano de mi adorada.

REST. ¿Sí, eh? pues tendré el gusto de encender con él la chimenea.

CARLOS. ¡Cá! ni por asomo, venga usted acá; el bueno del Marqués renuncia á la mano de Matilde, porque ha creido á piés juntillas lo del Crisol de la nobleza, y que la chica desciende de unos pescadores llamados los Cachi-besugos; á eso deberá usted el marquesado. Ahora bien, ¿me niega usted ese documento? pues diré al Marqués que todo ha sido una tramoya, y se casará con Matilde, y se quedará usted á la luna de esta tierra.

REST. Aquí tengo el papel, aquí le tengo. (Lo saca.)

CARLOS. (Tomando el papel.) Venga el precioso talisman y buen provecho le haga el marquesado... á quien le goce.

ESCENA XVI.

RESTITUTA, luégo el MARQUÉS, despues CATALINA.

REST. Conque retintin ha dicho eso de á quien le goce. ¡Si me habrá jugado otra mala partida!

MARQ. ¿Aquí todavía la futura marquesita del Soto?

REST. ¿Estorbo?

MARQ. De ningun modo, con eso tendré el honor de presentar á usted á mi novia. (Señalando á Catalina, que se presenta ahora.)

REST. ¡Esa!

MARQ. Cabalito.

REST. Miserable ¿sabes quién es?

MARQ. Mejor que tú; su ascendencia está en el Crisol de la nobleza.

REST. Já! já! si no hay tal libro, estúpido, si el otro fraguó conmigo esa tramoya.

MARQ. ¡Qué oigo!

REST. No que no. Anda, cásate con ella, desciende hasta la hez del pueblo; da tu ilustre mano á la hija del tio Tomate.

MARQ. ¡Santo Dios!

REST. Já, já! te has quedado sin novia. Matilde se casa con el otro, ya tiene el papel que salva á su hermano, y en cuanto á este nuevo proyecto, yo me encargo de decir á toda Valencia desde los balcones, que el noble Marqués del Soto, se casa con la hija del Tio Tomate, y te llamarán el Marqués del Tomate, del Tomate. (Á voces y marchándose.)

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS, CATALINA.

MARQ. Que se lleve el Marquesado, que se lo lleve todo, ántes que tal oprobio.

CAT. ¡Oprobio!

MARQ. Me habian hecho creer que tus antepasados... pero el tio... jamás! ¡qué horror!

CAT. ¡Ese desprecio al hablar de mi padre! Me condena usted al ridículo. ¡Si alzara la cabeza mi buen padre!

MARQ. Ahora recuerdo: oí contar no sé qué cosa de un infeliz á quien daban ese mote, y tambien de su hija; cuéntame.

CAT. ¡Pobrecillo! ganaba un jornal de seis reales, y no todos los dias; la muerte le arrebató á una esposa á quien amaba con delirio. Quedáronle tres niñas, la mayor de ocho años, que era yo. Habia en la vecindad otro desgraciado que un dia se ahogó en el muelle, dejando sin padre, ni madre, á cuatro angelitos de nuestra misma edad. Va entónces con aquel corazon tan grande que tenia, y se los trajo á casa.

MARQ. ¡Magnífico! sigue, sigue.

CAT. ¡Qué era un jornal de seis reales para tanta boca! tantos afanes, tantas miserias, acabaron con él y se subió al cielo, sí señor, al cielo, porque Dios no repara en el orígen de las gentes para dar á cada cual el premio que merece.

MARQ. ¡Oh! era un santo, te juro hija mia, que si ahora viviese, le estrecharía en mis brazos y partiría con él mis bienes; caramba con el hombre! pero ¿y su hija, qué hizo la mayor de sus hijas? ¡Ah! ya recuerdo: la dió el ayuntamiento una medalla honorífica en premio á sus virtudes. ¡Escelente jóven! al morir su padre se puso al frente de aquella caterva de niños, y los mantuvo seis años; cabalmente esas acciones hieren la fibra más delicada de mi corazon, y quiero probar que los nobles de hoy, caritativos é ilustrados, saben tambien despreciar rancias preocupaciones, y dar á la virtud el premio merecido. Catalina, hé aquí mi mano.

CAT. ¡Señor Marqués! (Le coge la mano y se la besa.)

MARQ. Y si alguno se atreviese á echarte en cara la humildad de tu cuna, le diria: vedla, es la hija del pueblo; y me honra al darme su mano, porque atesora la nobleza del corazon, que es la mejor de todas.

CAT. ¡Ah!

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS, CATALINA, MATILDE, CÁRLOS, RESTITUTA, un ESCRIBANO, SEÑORAS, CABALLEROS; Cárlos y Matilde, salen por distinto lado que Restituta.

REST. ¡Aquí están, aquí!

MARQ. Aquí estamos.

REST. El que se casa con...

MARQ. Con la marquesa del Soto, y nadie tiene derecho á nombrarla aquí de otro modo.

REST. ¡Já, já, já!

MARQ. Estoy en mi casa, señora, y deseo que usted se traslade

á la suya; yo cuidaré, sin embargo, de que no le falte á usted un pedazo de pan.

REST. Gracias, el casado con la... primero que deberle á usted una sed de agua, arrancaré piedras con los dientes.

CARLOS. ¿Con los dientes de quién, señora?

REST. ¡Oh! (Se va furiosa.)

MARQ. (Al Escribano.) Y ahora extienda usted dos contratos de boda, y sepan ustedes que el Marqués del Soto, rinde hoy tributo á los verdaderos títulos, que son los que se conquistan con la virtud y las buenas acciones.

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Propiedad que corresponde.
Como se guisa un conejo	1	Todo.
Carta canta	1	Id.
Cada mochuelo á su olivo	1	Id.
De noche todos los gatos son pardos	1	Id.
Entre Pinto y Valdemoro	1	Id.
Ir con el siglo	1	Id.
La mar!	1	Id.
Los anónimos	1	Id.
La cruz de beneficencia	1	Id.
Stabat Mater	1	Id.
Señorita, el general	1	Id.
Un secreto entre mujeres	1	Id.
Triunfo de la esperanza,,	2	Id.
El conceller y el monarca	3	Id.
La Beltraneja	3	Mitad.
Pedro el sordo	3	Todo.
D. Pacífico ó el Dómine irresoluto. (Zarzuela.)	1	Libro y música.
El aire de una mujer	1	Id. Id.
El hombre es débil	1	Id. Id.
Flor de Aragon	1	Id. Id.
La Correspondencia de España	1	Id. Id.
=Tocar el violon	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!	2	Id.
Travesuras amorosas	2	Libro y música.
La Perla	3	Id. Id.

PUNTOS DE VENTA.

EN PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores Gullon é Hidalgo, y en las principales librerías.

EN MADRID. En las librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo, y de L. Lopez, calle del Cármen.

